

Una coyuntura política en crisis

Santiago Nieto

Director Encuestadora Informe Confidencial. Quito, Ecuador

En los últimos años, particularmente después de la pandemia, la crisis de la democracia representativa se agudizó y en la mayoría de las elecciones de la región triunfaron candidatos que representaban una alternativa importante a la política tradicional.

El tema no tiene que ver con una crisis de las tradicionales ideologías y el clivaje izquierda-derecha sino con algo más profundo, que interpela a todo el sistema. Por eso, más allá de sus ideas, expresan el mismo fenómeno Borich en Chile, Castillo en Perú, Milei en Argentina, Petro en Colombia y los dos últimos presidentes elegidos en el Ecuador: Guillermo Lasso y Daniel Noboa.

La palabra cambio engloba la demanda de los votantes de todos estos países, aunque su contenido es equívoco, no significa lo mismo. Hay que anotar que también la mayoría de quienes pasaron a la segunda vuelta para enfrentar a los candidatos triunfadores, no expresaron a los partidos tradicionales. A todos los candidatos se les pedía dejar de lado al pasado.

Algo que repite la gente en todos los países mencionados y también en otros como EEUU y Holanda, es “nunca estuvimos tan mal como estamos ahora”. Especialmente en América Latina mucha gente tiene la sensación de que “estamos más pobres que nunca” aunque esto no es real. Si analizamos los datos del Banco Mundial y comparamos como vivían los latinoamericanos al empezar este siglo y como están ahora, nos encontramos con que la gran mayoría vive mucho mejor, tomando todas las variables posibles: la expectativa de vida, acceso a la educación, consumo, accesos a bienes y servicios. En definitiva, la gente vive mejor que antes, siente que vive peor, y está enojada con los políticos, sindicalistas, religiosos, y todos los demás líderes del establecimiento. En casi todos los casos, los partidos que controlaron el país durante los últimos 50 años, fueron derrotados por figuras nuevas.

Al mismo tiempo, en Ecuador como en casi todos los demás países de la región, el estado se ha vuelto enorme y los gobiernos requieren más plata. Casi todos, como lo hace también el gobierno de Daniel Noboa, plantean la necesidad de subir los impuestos y pedir sacrificios económicos a la población. Esto ocurre cuando los ciudadanos habitan en la sociedad de la red, individualista y

lúdica, en la que nadie venera al sacrificio. Los programas de ajuste han producido hecatombes en varios países, incluso en la sociedad antigua, porque cada grupo cree en los sacrificios del vecino, pero rechaza los propios.

Los economistas dicen, desde el análisis de las cifras macroeconómicas, que es inevitable un gran ajuste. No hay los recursos necesarios ni siquiera para mantener al estado como está, peor para satisfacer las demandas de la población que son ilimitadas. La consecuencia es que se avizora una grave crisis en la que chocarán las necesidades del estado y las pulsiones de la gente.

La crisis de la representación en el Ecuador abarca a casi todas las instituciones y esto elimina a los actores colectivos que antes negociaban las crisis con los gobiernos. Instituciones como la iglesia católica, la prensa, la justicia, el parlamento, perdieron la confianza de la mayoría de los ecuatorianos y su peso en un conflicto. Ha pasado lo mismo con algunos nuevos actores que encabezaban la protesta hasta hace poco tiempo, como el movimiento indígena, los defensores de los derechos de las mujeres, de los grupos LGBTI y otros. Sería absurdo decir que han desaparecido, pero su fuerza ha disminuido porque los ecuatorianos han perdido interés en los grandes temas que daban sentido a la política en el siglo pasado. Cuando no han caído en la indiferencia, se identifican más bien con utopías que tienen que ver con su metro cuadrado. En investigaciones que hemos realizado en varios países de la región, la población expresa que lo que le importa realmente al momento de escoger un candidato es que se pueda solucionar sus problemas.

La mayoría de los ecuatorianos dicen que uno de sus principales problemas es la economía, pero cuando profundizamos en las investigaciones en cuál es el sentido de esta demanda, nos encontramos con que no se refieren a la política internacional del gobierno, al Fondo Monetario Internacional, ni a ningún problema macroeconómico. Para ellos el problema económico del país consiste en que ellos tengan la capacidad de darle un helado a su hijo cuando le llevan al parque, o de darse un “gustito” con su familia. Esta supremacía de la mirada micro de los problemas de país es sentida inmensamente por la mayoría de la población, pero son pocos los políticos tradicionales que la entienden.

El otro gran problema que inquieta a los ecuatorianos es el de la seguridad. La delincuencia y el narcotráfico se han incrementado de manera alarmante y han corrompido incluso a las fuerzas de seguridad, a la justicia y a algunos actores de la política. La mayoría de las cárceles terminaron controladas por bandas delincuenciales y desgraciadamente el país está catalogado en este momento como el segundo más inseguro de América Latina.

El gobierno de Daniel Noboa ha declarado una situación de crisis interna para combatirlo. Básicamente discuten alternativas que, en sus extremos, se expresan en el garantismo promovido en Argentina por Eugenio Zaffaroni y la línea dura de Nayib Bukele en el Salvador, que pasa por encima de los derechos humanos. Está claro que ninguna de estas dos alternativas funciona sola, pero una reforma integral y profunda del sistema penal aparece como una necesidad urgente. ■

El análisis del autor no compromete a la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS). Este análisis es fruto de su reflexión y labor investigativa.